

pitación, proporcionan el consuelo de atestiguar que el alma humana, que no muere en lo eterno, si ha tenido su empuje y su notoriedad en el campo que sea, tampoco acaba muriendo del todo en lo temporal.

Entre los centenarios de nacimientos notables que se han producido en este mil novecientos cincuenta y dos, le ha tocado su turno a la condesa de Pardo Bazán, cuya muerte acaeció por allá el veintiuno del presente siglo, que fue, si mal no recuerdo, el del desastre de Annual.

En los años transcurridos después no creo que doña Emilia haya levantado grandes polvaredas, ni haya influido ni haya salido a colación en los muchos sucesos que han agitado nuestra vida peninsular. Ahora, gracias al centenario de su nacimiento, se volverá a hablar de los *Pazos de Ulloa*, de *Morriña* y de la dama que trajo las cerezas del naturalismo a las letras ibéricas.

Y claro está, se hablará de todo esto, por el influjo de la ya citada cortesía histórica, porque, en realidad, no es de suponer que el caso de la condesa de Pardo Bazán sea preocupación viva y latente de nadie, y ocupa solamente un muy digno, pero frío espacio, en el correspondiente lugar de las enciclopedias y de los manuales de historia literaria.

Este centenario de doña Emilia, en el caso particular del que escribe estas líneas, despierta, no obstante, una ameno recuerdo, que permanece ya casi olvidado. Yo conocí a la condesa de Pardo Bazán en mil novecientos diecisiete. Era entonces aquella ilustre dama presidenta de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, y yo, por el capricho de mis amigos Enrique Díez Canedo y Ramón Pérez de Ayala, ocupaba un cargo insignificante en la citada Sección. Allí no nos reuníamos nunca y la tal Sección tenía un valor puramente decorativo. Las únicas relaciones que mantuve con mi prestigioso y femenino presidente fueron las tres o cuatro tardes en que me cupo el honor de acompañar a doña Emilia a tomar chocolate, en una vieja y muy típica chocolatería, situada en la calle de Alcalá, que se llamaba «Doña Mariquita».

La Condesa no tendría entonces más de sesenta y cinco años, pero a mí me parecía extremadamente vieja y achacosa. Era pequeña, gordita, muy colorada de tez, con unos finos y punzantes ojos de ratón, y una acusada mueca en los labios, de voluntad, de energía o de pocos amigos.

Ya en aquel entonces, entre las personas muchos mayores que yo, que en el Ateneo madrileño gozaban de gran prestigio, oía yo hablar de doña Emilia, no sin falta de respeto, pero sí con una cierta benevolencia vaga, que demostraba que nuestra presidenta, sin ser un lamentable ejemplo de caducidad, había ingresado en el orden de los fantasmas y de las supervivencias.

Yo, a pesar de los pesares, y por el respeto que dispensábamos los chicos de veintitrés años a las personas consagradas —entonces en nuestro país teníamos una idea bastante objetiva de las jerarquías—, consideraba algo muy importante el favor que me concedía la condesa de Pardo Bazán, convirtiéndome en paje suyo, para la función solemne del chocolate.

Yo considero en mis pocos haberes espirituales el hecho de haber conocido el establecimiento llamado «Doña Mariquita», porque aquella chocolatería era para mí tan sugestiva como la propia Condesa. Todo allí era notable: la pequeñez del local; la rancia y sobria decoración, la calidad de las tazas; la excelencia de los bizcochos y las magdalenas; el espesor y la densidad del chocolate, y, sobre todo, la cortesía y oficiosidad del servicio. Se componía éste de cuatro o cinco camareros ancianos, algo así como una aristocracia resistente ante el ingreso de las Hermanitas de los Pobres. Vestían todos de frac, ¡pero qué frac! Zurcido, apolillado, reluciente del uso excesivo, y, a pesar de todo, dignísimo. El día que desapareció «Doña Mariquita» de la faz del mundo, y que se deshilaron y se consumieron definitivamente los fracs de sus camareros, se produjo en la historia sentimental de España algo dolorosamente irreparable.

Doña Emilia era una voraz del chocolate, hundía sin cesar bizcocho tras bizcocho en el fluido espeso de la taza, y la pobre señora, de vez en cuando, sacaba las puntas de sus dedos maquilladas por el contenido.

Gustaba contar alguna anécdota sabrosa, pero precipitadamente y sin detallar mucho. Recuerdo perfectamente la complacencia con que me refirió su primera entrevista, en París, con Emilio Zola. En aquella entrevista, Emilio Zola besó a doña Emilia en la frente, y ella recordaba con horror, pero con coqueta satisfacción, el roce, sobre su piel, de los bigotazos del tremendo novelista.

Yo, a cambio de hechos tan extraordinarios, poco podía ofrecer a la condesa de Pardo Bazán que le sirviera de espiritual diversión. Todo lo que intentaba decirle de mis proyectos, o mis ilusiones, o de lo que tor-

pemente iba descubriendo en la vida literaria de Madrid, no le interesaba absolutamente para nada. Ante el rostro colorado de aquella vieja señora, que para mí tenía algo de garbanzo sublime, todos mis esfuerzos mentales fracasaban. Sólo una vez llegué a interesarle; fue cuando, no sé a qué propósito, le dije que en el período de mi lactancia había sido criado por una magnífica ama gallega.

La irreductible gallega que palpitaba en doña Emilia se puso entonces de pie, y me acribilló a preguntas sobre las cualidades de mi ama de cría, que yo, naturalmente, tuve que inventar. Le conté, entre otras cosas, porque yo lo había oído no sé de quién del servicio de mi casa, que mi ama solía adormecerme al son de dos canciones cuyo tema era de lobos que se comen el ganado. Y, saltando de los lobos a otras realidades, doña Emilia me preguntó qué tal había ido la crianza, y cuando dije que el resultado fue excelente, y que mi ama me mantuvo siempre gordísimo, la condesa de Pardo Bazán acusó una satisfacción especial, y creo que entonces me consideró en algo, porque la vi reír.

La irreductible gallega que alentaba en las fibras morales de doña Emilia se irguió, hinchó y exaltó. Me ametralló a preguntas sobre las cualidades de mi nodriza, que yo, naturalmente, tuve que inventar para contentarla. Lo que yo sabía de Josepa González es, poco más o menos, lo que he contado en esta narración, pero doña Emilia me pedía datos familiares, me hacía precisar las cosas con pelos y señales, localizar pecas y discriminar sobre los olores y las debilidades eróticas o megalomaniacas de mi nodriza.

Le conté, naturalmente, porque me pareció lo más poético, que mi nodriza me hacía dormir escandalosamente, con una tierna simpatía para mí y con una tierna admiración para mi nodriza.

Cantándome canciones de lobos y pastores, y también hice salir a algún endemoniado o a algún sacristán tuerto, pensando en los argumentos de Valle-Inclán; pero esto dejaba totalmente fría a doña Emilia. Pero cuando, como síntesis, le hice saber que durante toda la lactancia mi nodriza me mantuvo materialmente hinchado y que yo estaba gordo a reventar, y que todo el barrio no hacía otra cosa que celebrar mis piernas y mis carrillos y la leche de mi nodriza, la condesa de Pardo Bazán acusó una especial satisfacción. Creo que entonces me consideró en algo; y rió de una manera entre céltica y vandálica, olvidando que era una gloria nacional, sacudiendo impudicamente su decrepita abundancia y haciendo volar y lanzándome a la cara minúsculos fragmentos de melindre que no podía contener correctamente aquella trepidante alegría de su boquita de tortuga.



Montevideo antiguo